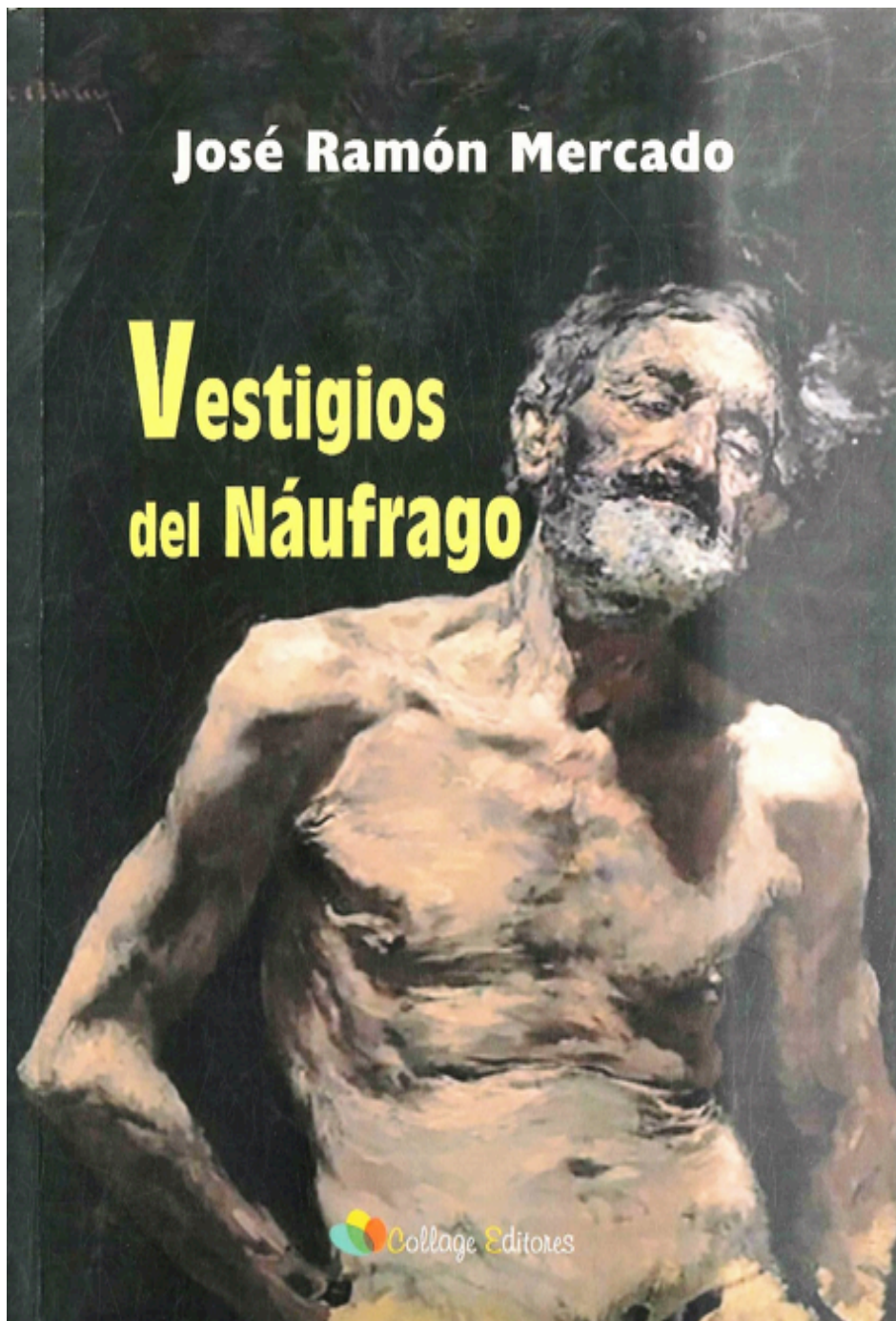


José Ramón Mercado

**Vestigios
del Náufrago**



Vestigios del naufrago

(2016)

José Ramón Mercado.
Bogotá D. C.
Collage. Editores.

Adalberto Bolaño Sandoval

La poesía de Mercado Romero (1937) recorre un largo camino desde 1970, cuando publica su primer libro, *No solo poemas*, y en el 2016, *Vestigios del naufrago*.

La senda poética recorrida por el autor, antes de presentar su poemario número catorce, lo constituyen los siguientes textos : *No solo poemas* (1970), *El cielo que me tienes prometido* (1983), *Agua de alondra* (1991), *Retrato del guerrero* (1993), *Árbol de levas* (1996), *La noche del nocaute- y otros rounds* (1996), *Agua del tiempo muerto* (1996), *Los días de la ciudad* (2004), *Agua erótica* (2005), *La casa entre los árboles* (2006), *Poemas y canciones recurrentes que a simple vista revelan la ruina del alma de la ciudad y la pobreza de los barrios de estratos bajos* (2008), *Tratado de soledad* (2009) y *Pájaro amargo* (2013).

Varias temáticas se observan de manera permanente en la poesía de Mercado, que coincide con la poesía del Caribe: el cruce de memoria, identidad y paisaje. Y, en ese sentido, confluye y se destacan en el Caribe Aimée Cesaire, Saint-John Perse, Derek Walcott, Wilson Harris, Norma Goodison. A estos temas se unen otros confluientes: espacio, poder, autoficción, escritura. Con ello, su obra poética conlleva una concepción en la que se conjuntan, además de lo espacial, la moral, la ética y la política.

Aún más: en la obra poética de José Ramón Mercado descuellan las huellas de la poesía del Caribe todo: la oralidad, el neorrealismo, lo cotidiano, el lenguaje transparente, el compromiso ideologizante, el prosaísmo, la historia, la sociedad, la desmitificación del poeta. Se cruzan, además, con las anteriores temáticas, las de la cultura popular, lo urbano, la violencia en Colombia, la poesía erótica y una poesía simbólica (y en algunos momentos hermética) en uno de sus libros, *Agua de alondra*.

Además, relacionada con las anteriores percepciones, se revela una visión diferente del paisaje del Caribe colombiano, y con ella una *estructura de sentimientos* (R. Williams) y sentidos, en la que Mercado Romero expone así una versión interpretativa del Caribe compleja, una hermenéutica lírica

relevante y novedosa. Y al mismo tiempo, se observan otros ejes: poesía del linaje, de la familia, y surgida de esta, una preocupación de amor crítico, duro, como en *Pájaro amargo*, texto que revela un amor doloroso transpuesto merced a la figura del padre como ente inspirador.

En este, su último libro, *Vestigios del naufrago*, la poesía de José Ramón Mercado da vuelta a su espíritu conclusivo, en el sentido de que despliega la sabiduría y el abordaje sentimental de quien ha sabido pensar y repensar su obra, dándole trascendencia a los cierres, a la mirada que admite especie de finales, pero que no apuntan a una despedida. Encontramos, entonces, en sus casi cincuenta y cinco poemas publicados, un retorno más enjundioso a algunos de sus temáticas anteriores, pero ahora, como su título lo enuncia, se canta desde una posición aparentemente menos optimista, más testamentaria si se quiere. Acaso la visión que traslucía Mercado Romero se delineaba entre un universo externo que se caía y otro que buscaba el reencuentro, a la idealización mítica del universo familiar. Ahora, en este texto, más que digamos que en *Tratado de soledad*, pero mucho menos que en *La casa entre los árboles*, se extrema el homenaje a la casa, a los lugares del retorno. En el poema con que abre el

libro, “Inventario de la casa” se encuentra el espacio edénico de la infancia: “La casa éramos nosotros y su sombra / —Los árboles y los recuerdos— / Sin embargo hacía falta todo / Menos la ternura de mi madre” (p. 25).

El poema oscila entre el afecto y la deferencia, entre la memoria que mitifica y revela la devoción al pasado. Pero también revela su decadencia. Se trata del pasado asumido como memorioso, como elegía o como oda. Y es justamente, en diálogo con sus poemarios anteriores, que José Ramón Mercado hace inscribir *Vestigios del naufragio* en una *summa* de inventarios: de la violencia como estado oscuro del país, de la casa como universo de la memoria, de la familia y del espacio mitificado de lo rural, vuelto lugar sagrado, eternizado, lo cual conlleva darle un vuelco a un espacio que ya no se revela como un lugar de “origen” sino de nostalgización de la memoria, de una evocación de lo otro que ya no es. Mercado les da una vuelta de tuerca a través de la revivificación de los sentidos y los sentimientos en tanto memoria narrativa y de la experiencia. De allí que algunos de los títulos de los poemas sean evocativos: “El pueblo que ocupa los sueños”, “Plaza principal”, “Plaza de la Bastilla”. Nombrar conlleva revivir.

En esa poética del inventario

no siempre el poema representa recuerdos favorables, pues, al final, el panorama también se transforma. Así, en el mismo texto leemos: “Se llenaron de tumbas los recuerdos” (p. 34), con lo que se indica, que no solo la memoria resulta tan gratificante en el libro ya que existen, además, otras relaciones: una que da continuidad a esos poemas elegíacos, alusivos a una *poética del linaje*, que narran el pasado de la familia y su canto a la muerte. Y otro, en su cambio del pasado lárlico hacia el presente. Puede verse esa mutación de la infancia edénica a la transformación frente a la Historia, en el siguiente verso: “Los caminos se llenaron de despojos”. Y es que, en esa vena transformativa, el canto inicial de: “¡Ovejas! / ¿Qué tienes tú que sangras mi espíritu?” (p. 28), del poema “Persistencia ingrávida”, se convierte en un lugar de la infancia desolada, en el poema “Eternidad del mármol”, en una escena muy parecida a un cuadro de Goya: “La mortecina avistada de gallinazos famélicos // Ovejas perdió el asombro / El silencio se volvió mármol de cementerio / El miedo quedó estancado entre las celosías / Nadie ha borrado el recuerdo de sus muertos” (pp. 34-35).

La contigüidad temática con *Tratado de soledad* debe señalarse como pertinente pues a través de seis poemas de ese libro, José

Ramón Mercado mostraba cómo las variaciones dolorosas de la violencia de finales de los años noventa y comienzos del 2000 asolaban a los pobladores de Colombia y especialmente de la Costa Caribe colombiana, en enfrentamientos que entre guerrilla y Estado, entre paramilitares y guerrilla, y entre todos contra todos. En *Vestigios del naufragio* se confirma la mutación que va de lo lárlico a lo histórico, lo cual también se siente en el poema “Eternidad del mármol”: “Piedra de silencio era la aldea en el recuerdo // Nadie confesaba a otro su miedo / ¿Quién lo creyera? / Con su guadaña vino matando la muerte / Y mataba como lobo ensañado / Que rondaba en los Montes de María / Nadie escondió su miedo de muerte” (p. 34).

El poeta revivifica el dolor, la memoria traumática, problematiza en el poema de manera ficticia el drama que posible (seguramente) sucedió y nos convoca a “meterse entre el barro”. La ficción en tanto factualización de la verdad, de lo sucedido, da cuenta de nuevas impresiones en el tiempo presente. Se quiere exponer “los trapos sangrientos” y las fisuras que genera. Busca Mercado, entonces, resignificar las fracturas profundas, las rupturas consustanciales, llenar los intersticios que un desconocimiento directo permitirían y así esclarecer los

silencios turbios de la Historia. Se entrelazan, entonces, la memoria familiar y lo público, reconvirtiéndose lo privado en memoria histórica. Memoria narrada, revela lo traumático y lo vivido de esa experiencia, en un cruce agonístico, en el que la escritura del poeta se hace voz del reclamo de los otros y de sí mismo. Memoria ejemplar, memoria de justicia, contra la memoria literal, donde la expresión estética, vuelta versión histórica, remarca un dolor traumático que examina el presente y mira hacia el futuro, si no para evitarlo, por lo menos para subrayarlo. Y ese es su mérito mayor.

Ahora, entre otros inventarios, Mercado Romero homenajea al poeta Jorge García Usta y a la danzarina y bailarina Delia Zapata. Crónica y poesía se enuncian como hermanas de la memoria. Así, el espléndido homenaje se cierra como un homenaje al arte. Pero no es solo un homenaje en cuanto tal. En el caso de Delia Zapata, la voz del hablante se eleva y brinda una redimensión de la mujer, de la artista y de su raza: “Dalia de arcilla negra era Delia / Ronda de amor en los aposentos de luz / Danza de alegría era ella en el carnaval / De la vida” (p. 123). Las metáforas elaboradas dan la dimensión del personaje. El yo que canta es un yo poético exaltativo que vocaliza y da

nueva luz al mestizaje. Revela un yo que revela la identidad y lo trasladada a ella, a la artista. Se asume, al mismo tiempo, la historia. Ella no una versión de la historia, sino la Historia, del arte, de la danza, de la vida.

Lo que plantea, de alguna forma el poema, es una crítica poscolonial y ética: somos también los otros. Somos la crítica contra los otros: contra los centralistas, contra los metropolitanos. O mejor, para no parecer sectarios, el poeta reivindica: somos una voz diferente. Mi voz de poeta es la de los otros. Soy los otros. *Somos*: afloramos: reverdecemos.

Hagamos, finalmente, otra cavilación: el poeta refleja su espectro escéptico, su evolución hacia el naufragio en que se ha transformado el mundo, quizá de manera más ostensiva. El hablante del poema “Soliloquio de un hombre perturbado”, declara: “Habito la vida solitaria como casa arruinada / Vivo un destierro de fantasmas” (p. 41). Tiempo de los descuentos, el exilio de sí mismo, la perplejidad y el desencanto asuelan y la poesía, que se revela a sí misma como preocupación, se asume como un gesto cada vez más aprensivo. Existe una finalidad, quizá: la conversión del hablante que ahora es un naufrago de sí mismo y de la nada. La sensación de que el mundo, vano, más que desaparecido o

despareciéndolo, lo deja. El verso final del poema “Incongruencias” puede cerrar esa visión escéptica, pues allí este hablante descreído discurre como un Descartes contra el mundo capitalista, un Descartes posmoderno, que, abochornado porque su mundo se encuentra abandonado, cierra posiblemente los ojos y da una despedida ideal.

Las puertas están abiertas. Algunas de las claves de esta poesía pueden estar cercanas, pues siempre existe una más allá en toda obra artística. Digamos, pues, que este poemario reivindica una voz relevante de la poesía del Caribe colombiano y de la poesía continental.